

# La Risa



30  
cents

Él.—Esa rosa en el sombrero le quita a usted diez años de encima.

Ella.—¡Ay! ¿Sí? Pues hágame el favor de poner dos rosas más.



Ayuntamiento de Madrid

Dibujo de DOLFOS, de Lisboa.





# M A T A T I E M P O S



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Cada solución tendrá también que venir acompañada de cupón.

## 74.—Acróstico.—POR EL EUROPEO NEGRO.

```

      00 B 0
     000 E 00
        S 0000000000000
      00 U 00
     00 G 00000
0000000000 O 00
00000 S
  
```

Cambiando estos ceros por letras se leerán los apellidos de varios: besugos, catarros, enjaulados en la plaza de las Cortes.

## 75.—Principio de una romanza.—POR GALDO.

Adverbio de tiempo

En el baul

6500 A

---

MODORRA.

## 76 y 77.—Charadas.—POR BRERA.

—¡Qué primera cuarta es esta chical

—Es cierto: nos ha dado una segunda cuarta para que no nos moleste el sol.

—Ya nos tercera segunda su madre: mi todo les ha de agradar.

\* \* \*

—¡Estás jugando a la tercera prima y como no tercera segunda, veo que pierdes hasta el auto!

—No lo creas; con estas pesetas y empeñando la primera tercera, todavía compraré una todo para ir más cómodo de paseo.

## 78.—Mala acción.—POR J. M. RÍOS.

A      Lo que hace      K

el tren

la consumía el fuego.

## 79.—Frase hecha.—POR M. S. P.

M A S B A T E

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.



# REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

## Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 15,60 pesetas para los de Madrid, provincias y América, y de 19,20 para los  
: : : : del Extranjero. : : : :

# A NUESTROS LECTORES

ESTAMOS PREPARANDO UNAS MAGNÍFICAS TAPAS PARA ENCUADERNAR POR SEMESTRES LOS NÚMEROS DE LA RISA

En breve se pondrán a la venta al precio de

===== DOS PESETAS =====

**LA RISA**

**BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN**

D. .... habitante en .....  
..... provincia de ..... calle de .....  
..... núm. .... desea suscribirse por un año (1) .....

EL SUSCRIPTOR.

..... de ..... de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de ..... pesetas en giro postal» o «Abonando el importe al recibir el envío contra reembolso».



## CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación.

Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—¡Vaya usted con Dios, ingrata! Que juega usted con los hombres mejor que Capablanca al ajedrez.

(Piropo premiado.)

EL OSTIPENSE.

## PIROPOS RECIBIDOS

—Si mi catedrático fuera como usted, entonces sí que iba a sentir las calabazas que me ha dado.—UN SUSPENSO.

—Vida: Présteme una pestaña, que quiero remontar una comeia.—EUGENIO ESQUIVIAS.

—Con su mirada no hay santabárbara que no haga explosión...—V. CAMABELLA.

Son tus ojos dos luceros  
que alumbran al caminante,  
que marcha por el mundo errante  
buscando el amor sincero.

MARCELO JIMÉNEZ.

—Adiós, so negra: Que ganas tengo que vengan los *soviets* para eso del amor libre. MANOLITO EL DE LAS TEAS.

—Viendo una mujer tan guapa no hay más remedio que creer en Dios.—EUGENIO ESQUIVIAS.

—Oiga, prenda: ¿Por qué no ha avisado usted que pasaba por aquí para haber barrido la calle.—UN BARRENDERO.

—Preciosidad: ¿Me permite que contemple un ratito su cara divina?—D'ASTAPA.

—¡Olé la niña haciendo equilibrios!, que con tan diminutos pies no hay quien se pueda sostener.—V. COMABELLA.

En un baile:

—Princesa: ¿Me quiere usted hacer la merced de bailarse un «chottis» de esos como para transportarse al cielo y emborracharse de gloria?—JACINTO IGLESIAS YORNOZA.

—Oiga usted, reguapetona: ¡Con una sola «Voz» que diera usted por las noches, era lo suficiente para que al día siguiente saliera... «El Sol».—ANTONIO DE FRUTOS.

—Morena: ¿Robó por casualidad su padre el estuche de la pintura a Murillo? D'ASTAPA.

—Rubita: Si yo fuese guardia, la aprisionaba en... mis brazos.—BRAUTIO.

C U P Ó N

NÚMERO

31

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—¡Bendita sea su boca! Tiene usted la sal por arrobas. El día que la bautizaron tendrían que llevar la sal en camiones.—JACINTO IGLESIAS ZAPATERO.

—Monísima: Si los pistoleros que asaltaron el Banco de Gijón la ven a usted, se entrarán... en sus brazos.—UN PROPAGANDISTA DE LA RISA.

—¡Vaya una mujer con gracia! Soy yo capaz de alimentarme con la salsa que usted derrama.—ANTONIO DE FRUTOS.

—Regitanaza: ¿Quiere usted pasarse por la Redacción de LA RISA, a ver si con esas «buenas formas» de que usted dispone, influye con el director para que publiquen algún piropo mío.—CORTEZA.

—Feísima: Si no fuera por temor a los civiles y a la mala fama que tiene mi pueblo, le juro que la robaba tantos días como amanecen.—UN PAISANO DEL «PERNALES».

—Adiós, gitana, que tiene usted dos ojos que son dos guillotinas.—MANUEL ROBLES.

—Si Arquímedes con su palanca la ve a usted, ¡cacho de gloria!, ya tenía el punto de apoyo para mover el mundo...—V. COMABELLA.

—¡Olé y olé la gracia y la sal que con ella meneño derrama usted!—J. IGLESIAS.



# La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID.

APARTADO 7.002.—TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



EL POETA.—¡Caray! Me parece que se han dormido.

LA CRIADA (que es una mala bestia).—No importa. Siga usted, que no hay cuidao que se despierten.

Dibujo de LIMENDOUX



# LOS MESES CON ERRE

Como todo el mundo sabe, son esos meses páticos, de septiembre a abril, ambos usive, en que se puede comer mariscos miedo a una probable indigestión.

Es decir, de esto hay mucho que hablar, que esto de los meses con erre en su ción con el consumo del marisco hay n lo toma demasiado a la letra. A la erre, naturalmente.

Yo conozco aquí en Biarritz un señor, sionado de los alimentos salobres, que a noche del 31 de agosto estuvo espe- lo en uno de los restaurantes más cén- tricos a que dieran las doce, y apenas ha- ía sonado en el reloj del establecimiento la primera campanada de la media noche,

el hombre se dedicó a atracarse heroica- mente de mariscos.

Al día siguiente estaba en la cama presa de un cólico espantoso: resultó que el reloj del restaurante iba algo adelantado, y cuando el comensal se creyó en septiembre, que- daban todavía veinte minutos de agosto. Además—todo hay que decirlo—, se había comido él solo diez docenas de ostras, rociadas con cinco botellas de agua de Vichy.

Porque esa es otra: hay gente que pien- sa que porque el mes en que vive tiene una erre en el almanaque ya puede entregarse impunemente a las mayores fantasías ali- menticias. Hay, por ejemplo, quien ha oído decir que la leche es una cosa maravillosa para los mariscos, y se dedica a almacenar en el estómago cigalas y percebes en com- binación con varios cuartillos del sabroso licor de las ubres; las fatales consecuen- cias no se hacen esperar: los jugos gástri- cos se revolucionan en el estómago, y el sujeto tiene que apelar al vomitivo.

Pero, sea como sea, la gente al llegar esta época del año se entrega al marisco como quien se entrega a un amante.

Hay, relativamente cerca de Biarritz, más allá de Capbreton, un lugar poético llamado Hossegor, que es un rincón del pa- raíso en la tierra: es un ramillete de pinos, en cuyo centro se abre un lago en comuni- cación directa con el mar.

Pero todo eso a la gente le tiene sin cui- dado: lo importante es que en Hossegor se

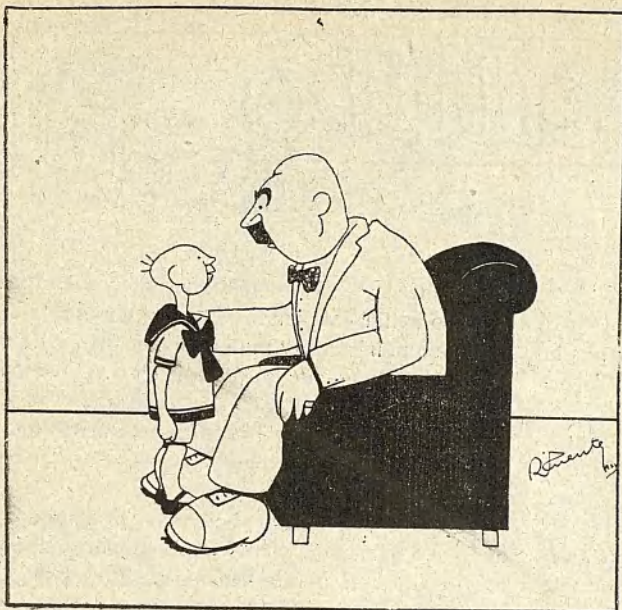


—Camarero, ¿me da usted carta?

—Lo siento, señorito; pero está prohibido el juego.

Dibujo de LÓPEZ REY





—¿De modo que no sabes la red de ferrocarriles? Pues estás hecho un pez.

Sí, señor. Todos los peces caemos en la red.

Dibujo de FUENTE

—No; pero está la marea alta y no se pueden coger.

Uno de los excursionistas, pregunta decidido:

—¿Dónde están?

—Ahí, en la orilla del lago.

—¿Y hay muchas?

—¡Oh! Millones.

—¡Pues voy por ellas!

Y se arrojó decidido al lago sin que pudiéramos evitarlo.

Diez minutos después hay que sacarlo medio ahogado, con ayuda de una soga.

En la boca trae unas cáscaras de ostras. [Ha estado a punto de ser también [una víctima del marisco.

JOAQUÍN BELDA

Biarritz, septiembre.

crían unas ostras bastante ricas. Es algo así como una antesala de Arcachón.

No más lejos que ayer tarde he ido yo también a comer ostras a Hossegor; los amables dueños del auto que allá me conduje—¡nada menos que un Rolls!—son de esos seres que por parcelas le hacen a uno creer que es millonario. Para abrirme el apetito me van diciendo:

—Ya verá usted: es un paraje encantador.

Al llegar nos encontramos con una contrariedad; el dueño del restaurante nos dice:

—¡Oh! Llegan ustedes tarde: son las seis. Por hoy se han acabado las ostras.

—¿Qué las pasa? ¿Es que están dormidas ya?



—Hoy he estado a comer en casa de Pérez y son cariñosísimos y muy finos. Me han dado un sin fin de platos después del cocido.

—Es una familia de muy buenos principios.

Dibujo de MIJANGOS





### Heine, Matilde y la cotorra.

DEMASIADO ramplona, tristemente vulgar, es la historieta; pero se trata del poeta de *Intermezzo*...

Residiendo Enrique Heine en París, un día tué a comprarse unos guantes. La señorita dependienta que se los probó era muy guapa, y el rimador se enamoró de ella. Matilde aceptó el idilio que se le proponía. Cabecita loca, corazón inquieto, su mentalidad no tenía, ¡ay!, nada de asombrosa...

—¿Cuánto gana un poeta alemán?—preguntó a la patrona de su casa de huéspedes apenas entabló «relaciones» con Heine.

La patrona, señora discreta, respondió:

—Pues un poeta alemán gana bastante menos que un poeta francés...

Heine, asegura Filiberto Audebrand que le trató íntimamente, tuvo que alardear de hombre adinerado ante la amada, y le entregó tres mil francos. Matilde, conmovida, se dejó conducir por él a un pisito de la calle de los Mártires.

Nombre simbólico fué, en verdad, el de la calle aquella. Al principio los dos enamorados se quisieron bastante; después, el dulce fruto se agrió. Heine no tenía paciencia suficiente para soportar a Matilde; Matilde carecía de la dulzura suficiente para tolerar a Heine. Y sobrevino lo amargo, lo que sonroja referir. El poeta, harto al poco tiempo de los escándalos, gritos, injurias y modos soeces de su amiga, acabó, sin lirismos, por golpearla...

¿Finó con esto el idilio? Nuestra admiración por el poeta enfermo y exquisito nos engaña piadosamente. Heine y Matilde, Matilde y Heine no se separaron, como era de imaginar; al revés, acostumbráronse a las trifulcas y a los golpes. «Resueltamente—afirma Audebrand—, si Enrique hallaba cierto placer en pegar a su amante, ésta no disfrutaba menos en ser pegada.»

La menor futesa originaba una cuestión. Aquellos dos temperamentos encontrados chocaban

constantemente, repeliéndose y atrayéndose. ¿Cómo evitar esta terrible, esta humana fatalidad de que hombre y mujer se detesten y admiren alternativamente un día tras otro? ¿Qué desviaciones y morbos, mil veces comprobados por la ciencia, sufre la divina enfermedad del amor, que igual vive de caricias como se nutre ávidamente de zarpazos?

Para envenenar un poco más el amancebamiento, intervino cierta cotorra parlanchina, precursora, en los anales de la tortura, del gramófono.

Matilde sentía gran cariño por esta precursora, y Enrique, poeta en todo momento, la aborrecía. Semejante divergencia de gustos, agudizada a todas horas, debía originar una pequeña tragedia. Exasperado, Heine, envenenó a la cotorra. Descanse en paz.

El disgusto de la espiritual Matilde fué inenarrable. Enloquecida por el dolor—leemos en *L'envers de la Gloire*—, gemía:

—¡Dios mío, estoy sola, solita en el mundo!...

—¡Cómo!—preguntó Heine, lleno de excelente buena fe—. ¿Es que para ti no soy nada, no significo nada?

—¡Nada, nada, nada!—contestó Matilde, sollozando.

Heine le dió una de sus más inspiradas palizas... y le compró otra cotorra.

Generalmente pegaba a su amiga todos los lunes, y aseguraba el poeta que aquel castigo semanal «le era indispensable»... Matilde lloraba, sin oponer resistencia. Alguna vez cogía, furiosa, por las piernas al amado y juntos rodaban por el suelo. Así los sorprendieron varios amigos en no pocas ocasiones. Pero después los reñidores se reconciliaban y reían, en medio del más delirante regocijo, y descorchaban unas botellas de champaña...

La irascible y el exquisito fueron felices así. Evoquemos su memoria con melancólico respeto, ya que al fin reposan, sin reñir, bajo la glotonería saciada de los gusanos...

E. RAMÍREZ ÁNGEL



## MELQUIADES ALVAREZ

Y bien, ilustre don Melquiades, ¿qué prefiere, que charlemos un rato sobre política o sobre su vida particular?

—Sobre lo que usted quiera, amigo Losmozos; yo, con tal que sea conversar, me da lo mismo tratar de un asunto que de otro.

—¿Le gusta mucho el poder hablar?

—¡Oh, mucho! (Don Melquiades, cuando pronuncia estas palabras, entorna los ojos con extraordinario deleite.) Mi mayor diversión, mi único goce, es poder charlar. Yo creo, y tengo como cierto presentimiento, que sí es verdad que se nace varias veces, en mi vida anterior debí ser cotorra.

—¡Hombre, don Melquiades!

—Sí, señor; se lo confieso francamente; y de haber nacido mujer, mi profesión hubiera sido la de portera ¡Cuánto envidio a estas buenas mujeres! ¡Ellas, que desde por la mañana temprano pueden comenzar su cotidiana labor de chismorrear con todo el mundo! ¡Cabe mayor felicidad!...

—Bueno, don Melquiades, no se afecte de esa manera; después de todo, si usted no es portera es diputado, y váyase lo uno por lo otro.

—¡Sí, sí; pero no es igual!

—No crea usted que es muy grande la diferencia.

Hay una pausa larga; don Melquiades medita. ¿Qué es lo que medita? ¿Quién lo sabe! Acaso

esté soñando con alguna portería de los barrios bajos.

—¿Quiere usted decirme algo sobre política?

Don Melquiades vacila un instante; después me mira, como queriendo penetrar en el sentido de mis palabras, y, por fin, suelta, como una espita que me inunda, su «berborrea» continua.

—¡Tantas cosas diría yo sobre política! Pero no puedo: en seguida me criticarían. Recordará usted que cuando la entrega de la contestación al Mensaje de la Corona fué a Palacio presidiendo la Mesa del Congreso. Pues, bueno; ¡no le quiero decir cómo me pusieron por haber ido en carroza! ¿Y sabe usted cuál fué la causa de esa crítica? La envidia, sí, señor; la pura envidia que me tienen porque pude viajar en tan lujoso carruaje; yo, que lo más que había conseguido era pasear en manuela.

—¿Y qué sentía usted al ir en la carroza?

—¡Que aquel paseo no durara toda la vida! Por cierto que el final fué desastroso.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Usted juzgará: Como yo quería presumir, aunque esté mal el decirlo, y que me vieran los vecinos en aquel coche, ordené al cochero me condujera a mi domicilio. Llegamos, y ya sabe usted lo que son los chiquillos de Madrid, que en cuanto que ven una cosa extraordinaria se alborotan. ¡Pues no le quiero ni decir cómo se pusieron en cuanto divisaron la carroza! Y lo mejor de todo fué cuando uno de ellos me reconoció y empezó a gritar: «¡Anda, pero



—¿Y dices que tengo mala vista porque he contado siete ojos en vez de ocho?

—No, mala vista, no; pero te has saltado un ojo.

Dibujo de ALFONSO



si es don Melquiades, el señor del cuatro!» A todo esto los vecinos se agolpaban en los balcones. Yo estaba emocionadísimo. Paró el coche en mi casa; fuí a descender, y claro, entre la falta de costumbre y lo azorado que iba, no observé que esta clase de carruajes no tienen es- tribos, y al bajar me caí cual largo era.

—¡Sí que sería una caída!...

—Al descubierto.

—¿Cómo al descubierto?

—Sí, señor, al descubierto; porque al tropezar, la chistera voló de mi cráneo.

—Entonces ahora me explico la razón de aquellos que decían que el presidente del partido reformista estaba por los suelos.

—Pero no fué nada mas que por un momento.

—Dejando lo anterior aparte, ¿del artículo once qué cuenta usted al público?

—¡Quién se acuerda ya de eso! Si hubiera sido un artículo de primera necesidad hubiéramos hecho hincapié en él; pero siendo un artículo de tantos, no creí conveniente hacer más campaña en su favor.

—Ya, ya. ¿Recuerda usted alguna anécdota de su juventud?

—Ya lo creo. Mi vida está plagada de ellas,

como las cocinas madrileñas lo están de cucarachas. Le contaré una que me ocurrió hace ya muchos años. Estaba yo de barbero en un pueblecillo de mi tierra, y entró un parroquiano, que era mudo de nacimiento, el cual, en un papel había escrito que le afeitase. El pobre creía que yo no sabía hablar por señas, y figúrese cuál no sería su asombro cuando por ese procedimiento le expuse todo el programa reformista.

—Sí que es asombroso.

—¡Oh! No le debe extrañar, quien como yo habla por los codos, bien puede hacer esas cosas.

—Para terminar: en la política, ¿quiénes le han causado más daño?

—Las judías.

—¿Las judías?—pregunto todo extrañado.

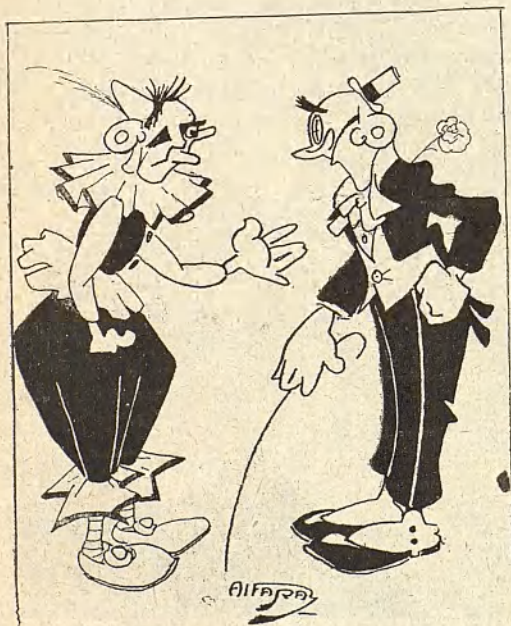
—Sí, señor; las judías fueron las causantes de que en unas Cortes perdiera el acta.

—¿...?

—Pues, muy sencillo. Llegué a Asturias para iniciar la propaganda, que debía comenzar al día siguiente. Aquella noche, en la cena, abusé de las judías, y aparte del concierto que en esos casos se «arma», tuve que guardar cama a consecuencia de la fiebre que me dió, impidiéndome hacer la consabida propaganda para mi elección.

Don Melquiades aun continúa hablando. Sus palabras salen de su garganta atropelladamente. A mí se me ha agotado el papel, el lápiz y las ganas de escribir. Si fuera a recoger todo lo que me ha dicho, necesitaríamos, no un número de LA RISA, sino todos los de un año. Así es que firmo, y hasta la otra.

VALENTÍN LOSMOZOS.



—Sí, señor; las fiestas que más cuestan son las de Carnaval.

—¿Por qué?

—Porque son las más-caras.

Dibujo de ALFARAZ

¡LIQUIDACIÓN!

¡OCASIÓN!

Abrigos de pieles, manguitos, calzoncillos de bayeta, bufandas, trajes de punto, fajas de lana, paraguas, chanclos, mantas, cobertores...

¡Ocasión verdad!

Bola, 7.





EL CURDA.—¡Rediez, qué milagro! Es la primera vez que mi mujer me recibe con los brazos abiertos.

Dibujo de MEL.



## A N T E T O D O , S E R I E D A D

Uno de los hombres más absolutamente severos era don Olegario Pílon, persona más rígida que una vela y más seria que el casco de un guardia de esos reformados. Su seriedad reinaba asimismo en su domicilio, y éste parecía una sucursal del patio de Santa Catalina, cementerio de San Lorenzo, según se entra a mamó derecha. Su propia esposa tenía que aguantar los momentos de risa que tuviera, y cuando quería tener su ratito de buen humor, se encerraba en la despensa y allí reía cara a la pared. Entrar don Olegario en su casa y ponerse a temblar todo el mundo, como si fuese el juez de guardia, era cosa automática.

—Oye, esposo mío, ¿sabes que me voy a comprar un vestido que necesito para el día del santo de tu cuñada? El año pasado me criticó porque no me quité el abrigo para comer los polvorones con que me obsequiaron.

—Perfectamente, ¿de qué color?

—Tiene unas pintas verdes.

—¿Verde? ¡Jamás, mientras el Código me autorice a tener autoridad sobre ti!

—¿Es que el Código se mete en el color de los vestidos?

—Me meto yo, que no puedo tolerar nada que refleje alegría en torno mío. ¿Verde? Pero, ¿qué te has creído de mi seriedad?

La pobre mujer se sacrificaba y adquiría un vestido de un negro tan senegalés, que al verle la gente no podía menos de preguntarla: ¿ha tenido usted alguna desgracia reciente?

¡Era mucho don Olegario Pílon y mucha su seriedad en materia de alegría! ¡Con decir que al ujier de su negociado le impuso un castigo porque un día le oyó que canturreaba el *¡Hay que ver!*

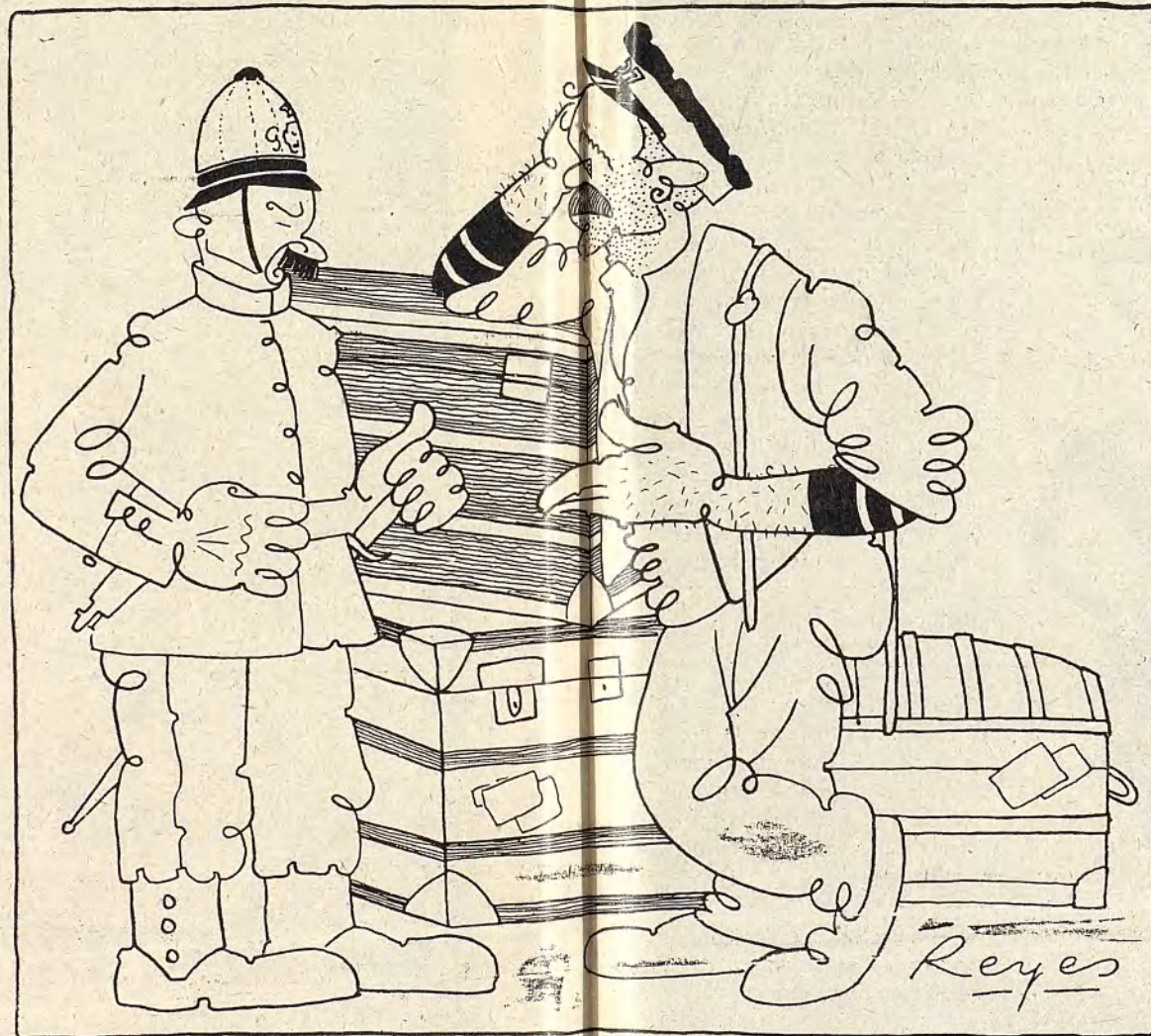
—Usted, don Olegario, ¿no va a los teatros?

—¿Para qué, si sólo se ven inmoralidades? ¿Sabe usted de algún buen drama donde haya lágrimas desde el segundo acto, y, por lo menos, tres muertes al final? Porque, eso sí quiero verlo.

—No estoy bien enterado; pero le preguntaré a mi sereno, que al mismo tiempo que abre las puertas cultiva la literatura.

Tanto insistieron los amigos para que el hombre severo acudiese una noche con ellos a un espectáculo público, que éste accedió; pero con la sana intención de reprochar cuanto viese.

—Esta noche tengo junta en el Centro de carteros desvalidos—dijo a su esposa, buscando un pretexto, pues no le parecía bien confesar que iba a un lugar de recreo—; si tardo, acuéstate, pues vamos a tratar, entre otras cosas de más o menos interés, sobre la necesidad de dotar a los carteros retirados de un juego de damas para que entretengan sus ocios.



—Mira, Calixto: reconozco que tu cargo es de responsabilidad; pero no me negarás que el mío es de mucho peso.

Dibujo de REYES

Poco después entraba don Olegario, conduciendo por sus amigos, en un teatro donde se cultivaba las *variétés*, y había que verle al segundo número del programa, después de bailar un tango la *Cangrejito*, tango como para enloquecer al propio rey de piedra, Don Ramiro el Monje.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Que me den más de eso!

Cuando la *Cangrejito* repitió el tango y llegó al molinete final, don Olegario no pudo contenerse y tiró el sombrero al escenario, y si no le contienen los amigos se tira él de cabeza.

Intervino la policía, y el hombre sereno fue llevado a la Comisaría, donde al ser interrogado como promotor de un escándalo, decía: «Yo no soy un hombre, soy el propio Cupido con sombrero de paja. A mí deme usted severidad, deme usted moralidad; pero deme usted unos golpes de cadera y ya estoy perdido.»

El comisario estuvo tentado de darle los golpes en el cogote; pero comprendiendo que era un infeliz, le puso en libertad.

Poco después entraba en su casa.

—¿Qué tal los carteros?

—¿Los carteros? ¡Ah, qué pantorrillas!

—¿Se las has visto?

—¿Las... el...? ¡Ah..., sí! Quiero decir que vaya una resistencia de piernas para subir tantas escaleras ¡Pobre gente! Desde hoy todas las noches seguiré laborando en su provecho.

Y, efectivamente, ahora don Olegario está por completo entregado a las *variétés*, que él ha considerado compatible con su severidad.

¡Ríanse ustedes de la mayoría de los hombres serios!

¡Un tango echa por tierra todos sus principios!

A. R. BONNAT



## INTERVIÚS DE «LA RISA»

LUIS BORI

ESTE notabilísimo actor lo reúne todo: gracia, simpatía, talento, juventud y una originalidad tan grande y grata en su trabajo, que es tumbarse de risa viéndole trabajar.

Que cuenta con la simpatía del público madrileño es ya una cosa que la saben hasta los habitantes del más apartado rincón de una aldea poética... (¡Oh, poesía, ah!)

Márquez, el dibujante de las mujercitas que si pestañearan nos iban a matar a disgustos, y el que esto escribe, llegan a las diez y minutos al teatro Cómico, donde el delicioso Bori, al frente de su magnífica compañía, en la que figura la encantadísima Rafaelita Haro (¡ay, amigo Márquez..., qué señora... artista!) y otras típiques tan notables como la simpaticona Laura Blasco.

Dejamos atado en la puerta del teatro el borrico—con *side-card*—que nos ha traído. Nos pegamos con el portero, porque nos confunde con unos terroristas, y luego nos tumbamos a la *bartola* junto al escenario, como si estuviéramos heridos. Pero nos levantamos en seguida: a ninguna corista se le ocurre auxiliarnos... que era lo que nosotros estábamos deseando.

Sorprendemos a Bori viéndose para hacer *El bello don Diego* y dando saltos mortales, que son muy buenos para la salud.

—¡¡Venimos a entreviuarle!!

—¡Ché! Me han asustado ustedes. ¡Adelante!

Pasamos, estrechamos la delicada mano de la gratisima señora del excelente actor, y allá va la interviú y una pochez de caricatura que Márquez hace subido en una sombrerera...

—Soy valenciano—dice Luis—. La primera vez que pisé las tablas, ¡ay de mí!, tuve un fracaso como para morir de pena. Fué en Orán.

Salí a escena, y cuando dije aquello de «tengo gracia y desparpajo», un guasón de la galería dijo a gritos todo lo contrario, y me retiraron del escenario más que de prisa. Y entonces comenzó mi lucha. Fuí traspunte, apuntador, hacía papelitos que no tenían peligro y... bueno, hacía de todo.

—¿...?

—Cuando vine a Madrid lo hice con el maestro Serrano. Yo estaba entonces en Barcelona. Aquí actué en la Zarzuela; después trabajé en el Centro, en el Retiro y en el Paraíso. Antes hice una brillante campaña por provincias con la Puchol y Ozores. Y, últimamente, como ustedes saben, estuve en el teatro Reina Victoria, del que no me habría movido si no llega a ser por esto, que yo creo me conviene mucho más, aunque el Reina era *mi teatro*.

—¿...?

—¡Oh! Ser director y primer actor de una compañía, como ahora lo soy yo, supone un trabajo terrible. Pero estoy contento y me sacrifico a todos: autores, público, compañeros...

—¿...?

—Verdad es. El público de Madrid me quiere mucho. La Prensa... me tiene un poco olvidado... Yo estoy muy agradecido a todos y deseo vivamente una obra para responder a todas las admiraciones y simpatías.

—¿...?

—Ante todo, quiero a mi señora y a mi chico. Luego... ¡quiero tantas cosas!

—¿...?

—Hombre... Sí. Cierto.

Tengo muchas simpatías en el elemento femenino; pero yo... (mirando a su amabilísima señora, que presencia la interviú) ¡yo no quiero a ninguna!

—¿...?

—Ibamos a trabajar a un puebio. El viaje había que hacerlo en carro. Un compañero y yo optamos por ir andando, por atajos, para llegar antes. ¡Y nos perdimos! Casi treinta horas anduvimos, y al llegar al pueblo nos obligaron a





salir a escena, pues se acababa de levantar el telón. ¡Una delicia!

—¿...?

—Todo lo que soy lo he logrado por mi propio esfuerzo.

—¿...?

—Pienso estar aquí hasta enero, o toda la temporada, si me dejan.

Suenan timbres; hay un revuelo, y cortando la interviú, salimos Márquez y yo a butacas después de habernos despedido de Luis Bori, el actor que con su talento, juventud y gracia hará las delicias del público y producirá muchos dolores de estómago a los envidiosos...

—¿Qué le pasa, Márquez?

—¡Que he visto una tiple ahí en el pasillo que estaba diciendo comedme! ¡¡Aú!!

—¡Acomodador, este señor está hidrófobo!

N. DE S.

Caricatura de MÁRQUEZ.

## EL AMOR ES HEROICO

LA monísima Carmencita, blanca y rubia, que acaba de cumplir los diez y ocho años, ha sostenido con su mamá (gorda ella, bigotuda ella) una seria conferencia. Hace ya tiempo que la niña sostiene relaciones amorosas con un joven guapísimo, distinguidísimo, bonísimo, y al que ama con toda la vehemencia de su corazón ardiente.

La buena señora se cree en el deber de hacer algunas objeciones: ¿Es de buena familia? ¿Tiene el muchacho un brillante porvenir?...

Carmencita a todo dice que sí, ¡porque le ama tanto! Pero la mamá, no del todo convencida, aun cree oportuno manifestar:

—Bien; pues será preciso que ese joven venga a verme. Que yo le conozca y que me conozca él...

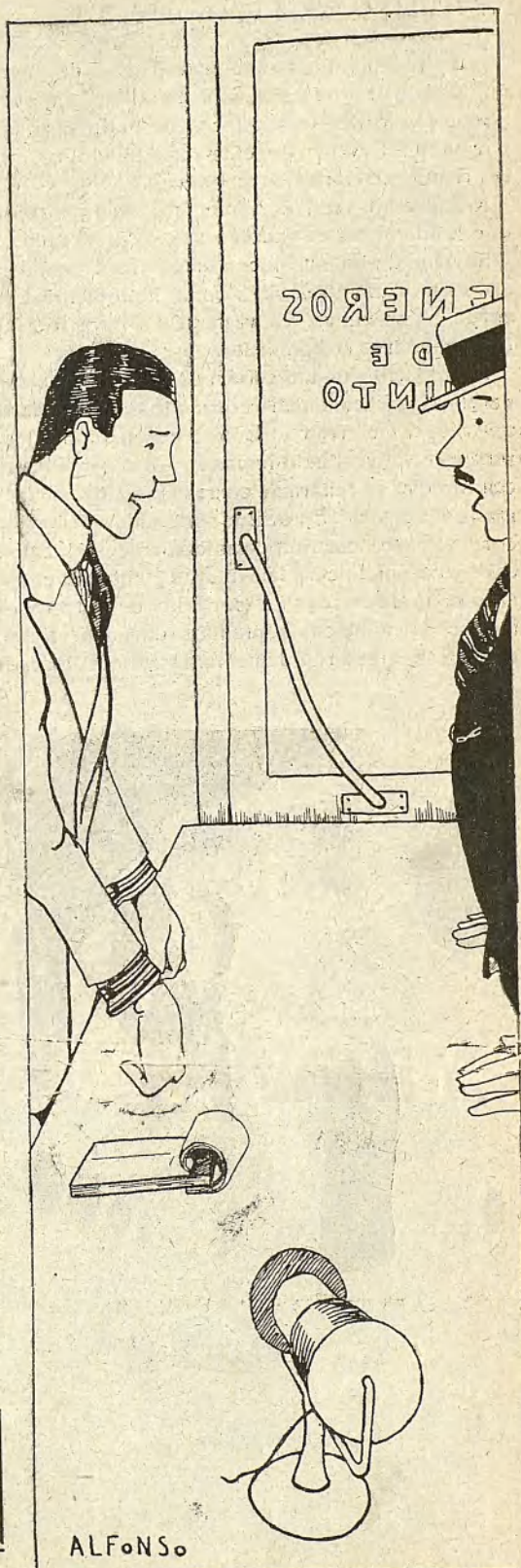
—Ya te conoce, mamá—responde vivamente la niña.

—¿Sí? ¿Me conoce? ¿Y qué opinión ha formado de mí? ¿Tú sabes...?

—Pues dice..., dice que, aun sabiendo cómo eres, está dispuesto a casarse conmigo. ¡Ya ves si me quiere!...

—Me da una camiseta del doctor Rasurell.

EL DEPENDIENTE.—Le advierto, señor, que todo lo que vendemos es nuevo.





## EL PÚBLICO ACTÚA

ENCONTRÁNDONOS en los comienzos de una nueva temporada teatral, una duda nos asalta. ¿Seguirán los ilustres autores de que gozamos haciendo intervenir directamente al público en las representaciones de sus obras?

Recordamos así, de momento, hasta media docena de obras de éxito en las que el público interviene desde sus localidades, bien cantando, bien actuando de *jazz-band* honorario. La moda, si no nueva, es reciente, y lleva trazas de propagarse rápidamente.

Usted lector, una noche en que le sobran unas pesetas, o sencillamente porque le han regalado un vale, va al teatro. Entra, pasea distraídamente por el vestíbulo fumando un cigarrillo, y cuando oye el timbrazo correspondiente se dirige a su butaca. En seguida un acomodador le corta el paso, examina detenidamente su localidad, y con mala cara le señala su sitio. Luego, muy serio, le entrega un martillito de madera o un par de minúsculos platillos dorados. Después desaparece rápidamente. Usted queda des-

concertado, desorientado. Usted no ha pedido nada, ni tan siquiera unos gemelos, ni el programa; usted empieza a escamarse y mira avergonzado a su alrededor. ¿Qué quiere significarle el acomodador al entregarle aquellos instrumentos? ¿Un regalo para los niños? ¿Le habrá tomado a usted por un sujeto ligero y frívolo dado a las extravagancias? ¿Tendrá que devolverlos? ¿Le cobrarán algo a la salida? ¿Qué misterio terrible encierra aquel acto del acomodador? Su razón de usted empieza a vacilar; pero pronto observa usted que todo el mundo a su alrededor enarbola el martillito o los platillos. Esa unanimidad le tranquiliza, y usted acaba por sentarse, aunque—reconózcalo—completamente idiotizado.

Empieza la función. Al cuarto de hora usted se aburre, y al mirarse las manos, se sorprende al ver que todavía tiene entre ellas el martillito o los platillos. Usted ya no se acordaba de ellos. Para distraerse, ya que la función no le distrae, usted empieza a chocar un platillo contra otro, o a dar golpes con el martillito en la butaca de delante. Su intención no es pecaminosa; usted aspira únicamente a comprobar que aquellos instrumentos son de verdad y hacen cierto ruido.

Pero en seguida se le acerca el acomodador, y con gran misterio le dice al oído:

- Todavía no.
- ¿Eh?
- Que todavía no.
- ¡Ah! Bueno...

Usted no comprende nada de todo aquello y acaba por dormirse en la butaca.

De repente un ruido extraño y ensordecedor le despierta sobresaltado.

A su alrededor todo el mundo se ha vuelto loco, todo el mundo toca los platillos o martillea encarnizadamente lo que se encuentra por delante. Aquel señor serio, grave, austero, calvo y gafudo que tenía usted a su lado, también, con toda solemnidad, actúa de murguista.

Entonces se le acerca otra vez el acomodador.

- Ahora, señor.
- ¿Eh?
- Que ahora.
- ¡Ah! Bueno...

Y usted, que sigue sin comprender nada, acaba por hacer todo el ruido que puede con aire aburrido y somnoliento.

Otras veces, en un entreacto, usted ve descender ante sus ojos un telón que causa su asom-



—¿Por qué no das hoy clase de piano?  
— Porque no toca.

Dibujo de GODÍNEZ



bro. Aquel telón no es una decoración como usted esperaba. Aquel telón lleva pintadas encima las letras de una canción. El director de orquesta se vuelve al público y ataca la partitura. Entonces todo el mundo se pone a cantar. Usted,



—Señor Delgado.  
—¡Servidor!

Dibujo de SALMERÓN PELLÓN

que ha comprobado que la multitud no tiene oído, sufre horriblemente; pero por no parecer ridículo o por aparentar que se divierte usted acaba cantando.

Hasta ahora las intervenciones del público se han limitado a eso que queda descrito. Pero en los principios de esta nueva temporada cabe que nos preguntemos con angustia: ¿qué tendremos que hacer este año los espectadores? Porque horroriza pensar las consecuencias que para nosotros tendrían unas nuevas exigencias de las Empresas y de los autores recabando nuestra colaboración. Estamos ya viendo que una noche, en que por cualquier causa no mezclamos nuestro voz a las del resto del público y permanecemos callados, se nos acercará el jefe de acomodadores, seguido del agente de policía de servicio:

—A ver ése, el número cinco de la fila seis. ¡Sí, usted, usted! ¿Por qué pone esa cara de idiota? ¿Por qué no canta?

—Mire usted, yo... es que... estoy algo aburrido, ¿sabe?

—¡Aburrido!... ¡Ja, ja, ja! (Risa nerviosa.) Eso no es posible. ¿Usted no sabe que aquí no está permitido aburrirse? Y le prevengo que si no

canta usted le pondremos de rodillas contra la pared y no podrá ver el resto de la función.

Usted se resigna y canta.

Figurémonos también, por un momento, que un día a la Empresa en vez de martillos de tapicero o de platillos chiquitines, se le ocurre entregarle a usted a la entrada un bombo de tamaño natural. Usted protestará, gritará, llorará, pedirá perdón de rodillas; pero nada le valdrá. Usted tendrá que aguantarse y cargar con el bombo, y luego, dentro, aporrearlo hasta el extenuamiento, mientras a su lado, con aire de mártir, el señor grave, serio, calvo y solemne tocará un terrible trombón...

GABRIEL GREINER

## TERRENOS

Vendo 40 000 pies. ¡Seis patas. Cien cabezas de ganado. Riñón Guadarrama.

Vendo en totalidad o en trozos.

Matarife, 1. cuarto cuarto.



—¡Guardias! Hagan el favor de registrar a esta señora, que me acaba de quitar una sandía.

Dibujo de DELGADO





### Los estrenos y los éxitos.

EN el Español, ante el escaso resultado *taquillesco* del famoso *Sansón*, se representó una nueva adaptación de *El mercader de Venecia* hecha por el propio intérprete señor Morano, gran actor, pero metido en tales frances literarios indebidamente.

Nos parece un poco tarde para criticar al citado *Mercader*, por muy *judío* que sea.

Del Español diremos que para octubre vienen a trabajar juntos en él (y nos parece admirable la cosa), Miguel Muñoz y Ricardito Calvo.

La Comedia comenzó su temporada con *La copa del olvido*, que ojalá no sea simbólica y lo del olvido no *rece* con los éxitos. A la gente le gustó esta copa, y ya oímos anunciar a algunos señores que no se mostrarían *abstemios* en este sentido.

*La copa del olvido*, juguete cómico con tipos sainetescos, es graciosa y oportuna, y nos hace olvidar todas nuestras penas y, sobre todo, la tristeza que nos produce la alarmante «enfermedad» de la peseta.

Paradas, Jiménez, Valeriano León, Aurora Redondo, ¡y todos!, merecen que se les aplauda, oero antes, que se les vaya a ver.

*El sol de los muertos*, estrenado en el Centro, es un drama policíaco disfrazado, pese a las pretensiones que le sirven de tapadera.

Linares Becerra, en una extensa e intensa producción «policíaca», ha deformado su temperamento, y ya le salen los dramas policíacos «sin querer» como los lobanillos.

*El sol de los muertos*, truculento y tal como para ir al teatro antes de cenar o cuando se está sometido a régimen, claro que no a régimen lácteo, porque entonces se le agriaría a uno el líquido, merece, aunque les parezca paradójico a los lectores, ir a verlo, siquiera para enterarse de los progresos de actor de Enrique Rombal, de lo buena cómica que es Micaela Castejón y de lo frecuentemente que se mete en los charcos Paco Comes.

Al publicarse estas noticias críticas, habrá debutado en el Centro nada menos que Enrique Borrás, que viene a hacer su última temporada teatral en castellano.

Pepe Tellaeché, el maestro Millán, Antonio López Monis, Fernando del Castillo, la formida-

ble Harito, Luis Bori, algo mejor director de escena que Casals, aunque sin presumir de ello, están radiantes. *El bello don Diego* es, en efecto, un filón para la Empresa de aquel teatro adonde va la gente como si dieran allí duros en vez de cobrarlos, y es que el espectáculo es bello, entretenido y tan merecedor del duro que se da por la butaca, que mucha gente hasta le da propina a la taquillera. ¡Absolutamente serio!... Aunque crea la gente que en esta casa todo lo tomamos a risa.

En el circo Americano, Antonet y Beby nos hacen la competencia alegrándole la vida a la gente, y gustan los equilibristas, los ciclistas, los malabaristas, los barristas; lo que no gustan, ¡es natrall!, son los ultraístas.

Búfalo Maciste es un número de mucha fuerza y los espectadores, como es lógico, aplauden forzosamente.

En La Latina tienen un talento «que no les cabe en la cabeza». Hacen las cosas muy requetebién, y después de repetir con gran éxito *La revoltosa*, *Cavalleria rusticana*, *La verbena de la Paloma*, ahora preparan lo que va a ser el gran estreno de la temporada: *Su Majestad*, zarzuela en dos actos del formidablemente inteligente y simpático Manolo Merino y el maestro Luna.

Gloria Guzmán, la gran tiple cómica, ha debutado en ese afortunado teatro Cómico con la obra de López Monis y Peña, *El gran premio*. La interpretación supo a gloria...

NARCISÍN el famoso, NARCISÍN, el chico en grande, pero muy grande, debutará en Eldorado el 27, con *Los granujas*, *El pibe del corralón*, obra criolla, y *Los chicos del hospicio*. NARCISÍN va a quitar unas cuantas genialidades, porque, señores, ¡qué cómico más grande es este pequeño!

Loreto y Chieote reaparecieron ante su público en Price.

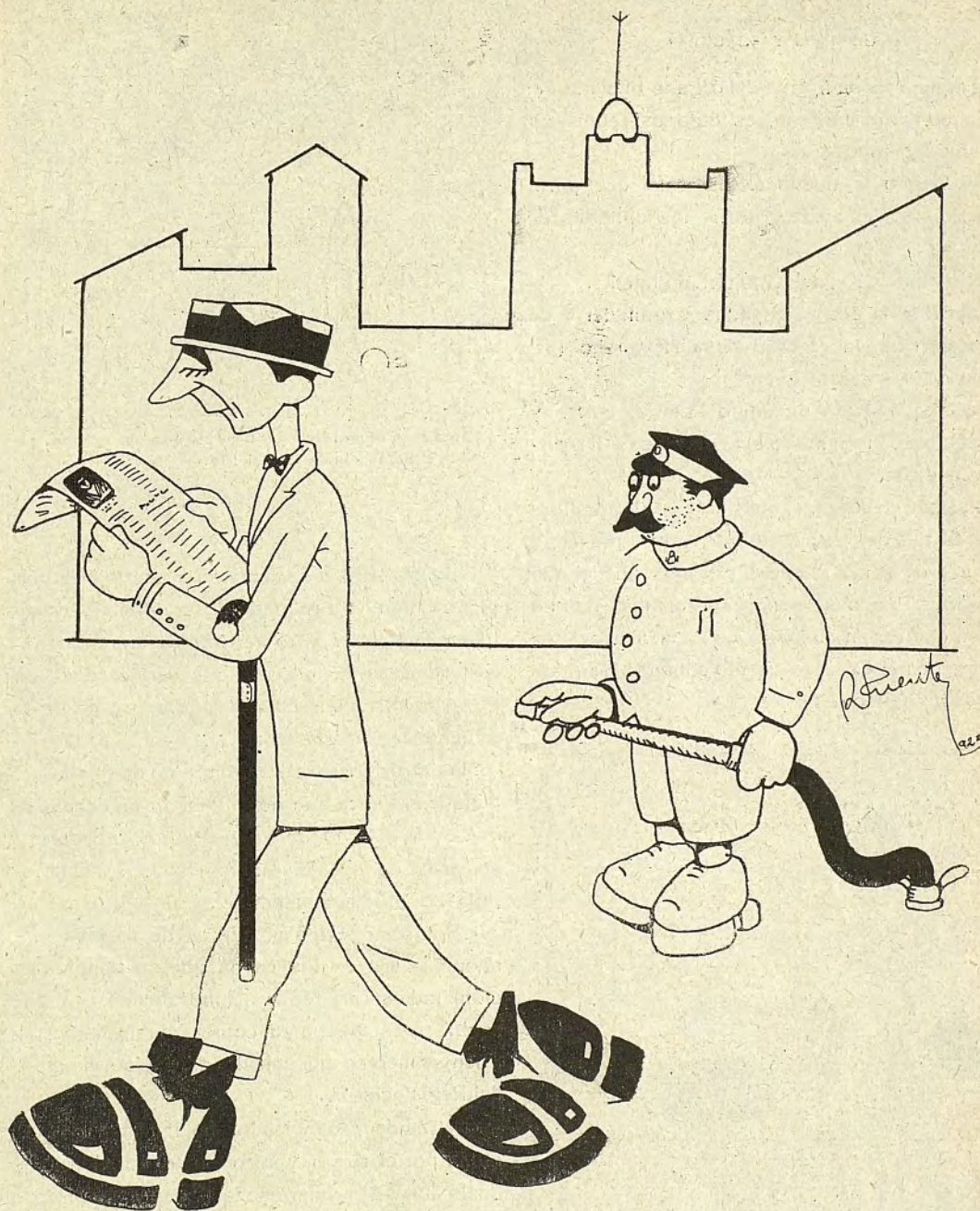
Pero como ellos merecen más espacio, aplazamos el elogio que pensábamos dedicarles para el número próximo.

«Y no va más...»

Por el que va, corre y oye...

EDUARDO M. DEL PORTILLO





EL BARRENDERO.—¡Anda, anda! Estoy por dejarme las botas de regar «pa» los domingos.

Dibujo de FUENTE.



# PELÍCULAS MURMURADORAS

CUERNOS Y «GACETA»

He aquí la prosa florida del órgano oficial, que, en materia de cuernos, es algo así como un continuo pasodoble.

Me refiero al nuevo Reglamento que para, con, contra, de, desde y por... las corridas de toros se ha dictado.

Hele aquí... Y, ¡ole!..., ¡ole!... y ¡hule!...

«Señalar la fecha, espadas y ganadería de cada corrida en el caso de abrir abono (artículo 7.º).»

Ya estoy viendo al amigo Retana, cortés y obsequioso, preguntar a seis enormes y terroríficos miuras:

«Ilustres señores, ¿qué día y a qué hora quieren ustedes ser lidiados?... Les prevengo que han de pesar veinte kilos más que el año pasado. Y que unas señoras romanas—que no tienen que ver en absoluto con las señoras del tiempo de los Césares— así lo comprobarán, según el novísimo Reglamento.»



—Pero Carlos, ¿cómo sin saber montar a caballo te has hecho «jockey»?

—No importa. Como mi hermano ha servido al rey en caballería.

Dibujo de SÁNCHEZ VÁZQUEZ



—Usted es el ofendido, caballero. He aquí mi tarjeta.  
—¡Caray! Estas son de 1,50 el 100.

Dibujo de BEBERIDE

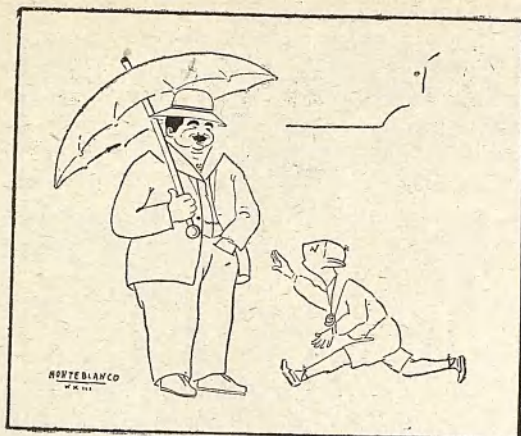
Después Retana se dedicará a escribir en una pizarra, con letra redonda al ser posible, como quien anuncia *el plato del día* en una taberna-restorante, la ganadería a que pertenezcan los toros sobrerros que *no deben lidiarse* a pesar de lo que dice el Reglamento.

Mas tarde *trazará una línea*—no dice cómo—, aunque sí indica que debe hacerlo en el *redondel*, de la que *no deben pasar los picadores* so pena de que el público diga: «¡Tufá!..., ¡tufá!..., ¡que has pisado!...»

«Prohibir que los picadores de reserva actúen mas que en los casos que su denominación indica (art. 55).» ¡Enhorabuena, amigos!... ¡A eso se llama cobrar sin trabajar!... ¡Bien se merece una cajetilla de susinis el autor, del Reglamento!...

«Detrás de cada picador no irá mas que un *mono* por el ruedo y otro por el callejón (artículo 40)». Al primero se le denominará *monosabio*; y al segundo, *monobrufo*, para establecer la diferencia. Y como además los picadores llevarán sus correspondientes *monas* o *hierros*, y alguno tal vez se presente *mona* perdido, y alguien gritará: «¡Al toro, que es una mona!..., la suerte de varas se llamará desde este momento *la monería*».





—Don Fidell! ¡Su mujer acaba de caer al mar!  
—¡Pobrecita! Dile que en seguida voy a matricularme en la Escuela de natación.

Dibujo de MONTEBLANCO

Luego expresa el Reglamento:

«Que los peones toreen con una mano (artículo (2)). El autor lo ha hecho con la sana intención de proteger a un pariente de Romanones, manco del izquierdo desde que nació

Los peones serán los únicos que puedan *bailar* y *dar vueltas*, pues para eso son *peones*, y a los únicos a quienes tocará la música para que haya *peones de música*.

«Que durante el segundo tercio un matador esté en los medios (forma algebraica:  $= \frac{2.0}{3}$

en los  $\frac{1}{2}$ ,  $\frac{1}{2}$  ...), y el otro, o el sobresaliente,

a la cola del toro (art. 73)».

No especifica si el de la cola ha de estar pegado, ni dónde ha de tener las narices.

«Tener preparados los cabestros cuando se dé al espada el segundo aviso (art. 87).»

Al llagar el segundo toque de clarín, un delegado de la *autoridad competente* gritará al matador: «¡Alto, señor matador! ¡Cinco minutos de descanso!... ¡Haga el obsequio de aguardar a que preparen los cabestros! ...»

Y para postre, nos añade:

«Que los toros se arrastrarán antes que los caballos (art. 39).»

Pero no indica cuándo se deben arrastrar los toreros: si antes o después. Ni si el público tiene derecho a pedir las orejas o el *rabo* (1) de algún matador cuando la labor del toro sea francamente buena y la del diestro (?) francamente detestable.

Como veis, el Reglamento de toros es un dechado de buena voluntad puesto al servicio de la afición..., de la afición a confeccionar reglamentos descabellados que nunca han de cumplirse.

RICARDO MARTÍNEZ

(1) Coleta, moña o como se llame.

## OFERTAS

Joven sano, instruído, con tres lenguas, contable, tenedor, médico, soltero, etc., se ofrece mañanas hasta dos tarde. Desde esa hora estoy en el café jugando al tute.

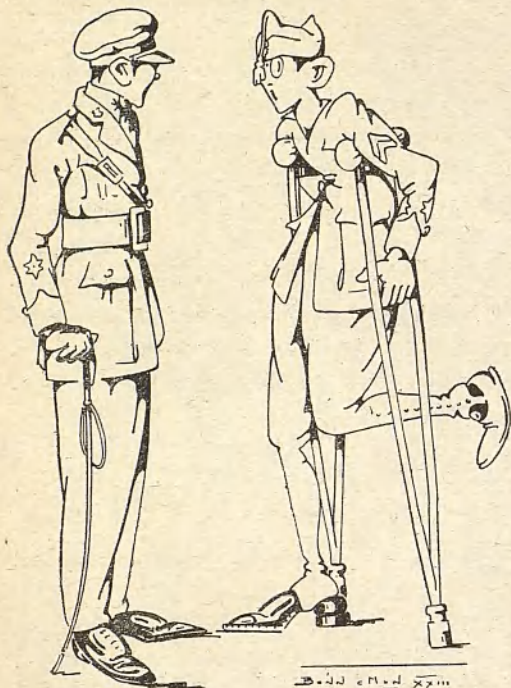
Alcalá, 12345, portería.



—¿Y qué hizo el sereno al ver la gresca?  
— Salió «pitando».

Dibujo de DOLFOS, de Lisboa.





—Me hirieron en el quinto espacio intercostal.

—A mí en el espacio que media entre Tifarnin y Ben a Komertela.

Dibujo de BONNICHON

## EL ILUSTRE GEDEÓN

En nuestra Peña cayó aquel endiablado individuo como una plaga. No nos dejaba vivir con las insensateces que se le ocurrían y que a nosotros nos hacía volvernos locos.

Se le había metido en la badana del sombrero ser autor, y para quitárnoslo de encima pensamos que leyera una obra en un teatro cuyo nombre no hace al caso.

Llegado el momento de la lectura, acudimos todos los amigos a escuchar la obra, que se titulaba *El rapto de las sátiras*.

Estaba allí lo más selecto de la profesión, y se veían las mujeres más guapas de la compañía.

El empresario, que era un aragonés más bruto que un chimpancé, ocupaba una de las sillas próximas al novel autor, que así que vio la atención de todos tiró de manuscrito y leyó lo siguiente:

«Cuadro primero. Escena primera.—Un grupo de romanos expresa con sus gestos, ademanes y movimientos que están faltos de mujeres»

¿Para qué decir que allí acabó la lectura?

Las artistas, ruborizadas, no sabían qué hacer, y los hombres reían a carcajada libre, menos el empresario que decía:

—¡Rediez! ¡Cualquiera se atreve a sacar el coro de caballeros en esa forma! ¡Nos menean la obra!...

JUAN LOPEZ NÚÑEZ.

MUY PRONTO APARECERA

# Pancho Kolate

LA MEJOR REVISTA INFANTIL DE ESPAÑA

VEINTE CÉNTIMOS

PRESTIGIOSAS FIRMAS DE ESCRITORES Y DIBUJANTES

¡EN BREVE! ◀ ▶ ¡EN BREVE! ◀ ▶ ¡EN BREVE!

## PANCHO KOLATE





# A VUELTA DE CORREO



No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia particular ni conversaci3n acerca de ellos. De la admisi3n o exclusi3n de los mismos se dar3 cuenta exclusivamente en esta secci3n.

**K. K. Madrid.**—Es usted una ídem. Sus dibujos son regulares, pero los pies son muy sosos. Ya hemos dicho mil veces, y otras mil después, que la «gracia está en los pies».

**A. K. Bado. Lugo.**—Con lo bien que estaría usted vendiendo castañas «asás»! *La vaina* y *El puro* no se publicarán. *El puro* nos parece flojo; *La vaina* nos ha parecido «pasable»...

**Kan-Seko. Villaverde.**—¡Y decía usted que daba la hora... escribiendo! Usted lo que da es dolor de est3mago como para tomar la magnesia «Roly». ¿Y quiere usted diez pesetas?... ¡Bueno! Ya nosotros habíamos pensado: «A Kan Seko, ¡que le den... dos duros!»

**Nico-Medes.**—¡Qué mono! Dibuja usted como para tirar sus originales en papel *cuché*. Nosotros los pensamos tirar... ¡a la basura!

**Alejandro Pérez. Palencia.**—Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor. No. No. No. ¡Adiós!

**Facundo. Portugalete.**—¡Adiós, Facundo! Procuraremos no disgustarle.

**D'Anselmi. Mula.**—¡Soooó...! ¡De Mula tenía usted que ser! Escriba usted a su familia, y no nos haga a nosotros tan desgraciados.

**Pilar Pil3n. Madrid.**—¡Ya lo creo! ¡Encantados! Dice el excelentísimo señor director que está deseando tirarse de cabeza al apellido de usted.

**Un gato. Madrid.**—¡Michino!, digo, ¡cochino!

**W. S. Madrid.**—Háganos usted algo que nos haga «de ref». (No tenemos cosquillas.)

**Bernardino de Pantorba. Madrid.**—*El poeta modernista* se cuela en cartera.

**J. O. Zaragoza.**—No le decimos a usted nada porque, lo que usted dirá: «En siendo de Zaragoza, que me llamen lo que quieran.»

**La P. Pa. Madrid.**—Ya lo sabemos. Pero a nosotros, ¡naranjas! Tenemos trajes blindados y unas piernas que vaya usted con Dios de agilidad. Así, pues, esos señores que nos esperan en las esquinas para asesinarlos, porque no se publican sus cosas, deben empuñar las armas y pedirnos perd3n. Que demasiado hacemos con no encarcelarlos; pues tenemos la más completa seguridad de que si se publicaran sus trabajos irían todos esos tipos a presidio. «Y, a otra cosa, mariposa.»

**Pepete. Logroño.**—¿Sufres, vida? Pues tira de la cadena... y se mojarán sus trabajos, pues están «allí».

**Ricardo Montaña. Sevilla.**—No sabemos si se publicarán sus artículos, pues ahora tenemos novia y...

**L. M. V. Málaga.**—¡Ay..., señorita! Todo eso es de las *Mil y una*... Venga usted a Madrid, y entre cañas de cerveza y trozos de mojama hablaremos. Y nosotros pagaremos el pato, digo, la mojama.

**F. K. F. K. Villacanejos.**—Sus versos no pegan, ¡pero matan! No, no. Bueno. Veremos. Sí. Lo que yo le dije a ella.

**A. Moreno. Madrid.**—No vale. Pruebe usted a ganar dinero en otro campo, para lo cual debe usted comprarse un azad3n... (¡Y a sacar patatas!)

**Adelino Yebra.**—Se publicará.

**Ram3n Villameriel.**—Muy «débil». Cuando escriba usted otra cosa moje la pluma en hipofosfitos.

**Ramiro López.**—No tiene sal, ni interés su *Escarmiento*. Escarmiente usted.

**Rafael Masedo. Madrid.**—*Husté*... ¿Por qué escribe «husté»?... ¡Ay, Mas...edo, «mas-ma-tao»!

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

### Extranjero.

	Pesetas
<i>Unión postal.</i>	
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

**Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.**



# LA RISA



—Oye, ¿cómo vas a titular el cuadro?

—«Diana regresa de la caza.»

—Pues van a creer que he dejado en el monte hasta la camisa.

Dibujo de GARRIDO.